Verano del 36

Memorias de un gudari

Mario Salegi

Verano del 36

Memorias de un gudari

Título: Verano del 36. Memorias de un gudari
Autor: Mario Salegi
Portada y diseño colección: Esteban Montorio

Edición:
Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703934
Fax 948 704072
txalaparta@txalaparta.com
http://www.txalaparta.com
Primera edición de Txalaparta
Tafalla, mayo de 2005

Copyright
© Txalaparta para la presente edición
© Mario Salegi

Fotocomposición
Nabarreria gestión editorial
Impresión
Gráficas Lizarra

I.S.B.N.
NA-1233-05
Depósito legal
84-8136-313-8

Este libro está escrito en memoria de los jóvenes de mi generación, asesinados durante la guerra civil de 1936-1939 por sus propios líderes políticos, al servicio de gobiernos extranjeros.

La historia del alzamiento, la revolución, la contrarrevolución y la lucha por la independencia vasca así como de la guerra civil en España quedaron falsificadas, porque en ellas fue destruida física y moralmente la juventud, la única que hubiera podido iluminar la trágica historia de la guerra y del exilio por oposición a la versión oficial de los respectivos partidos políticos del periodo 1931-1953.

Capítulo
I

San Sebastián, 17 de julio de 1936

Eran las tres de la tarde. Las estrechas callejuelas del Antiguo, la parte vieja de la ciudad con sus innumerables tabernas y restaurantes comenzaban a animarse a la sombra azul de las tardes de verano. Contaba con un par de horas antes de acudir a la reunión anual con mis compañeros, así que me puse a pasear sin rumbo fijo.

A esas primeras horas de la tarde, la mayor parte de los caminantes eran veraneantes y turistas procedentes de diferentes provincias de la península. Los hoteleros y los propietarios de las pensiones se frotaban las manos ante la perspectiva de la excelente temporada de verano que se anunciaba y lo temprano que ésta se había abierto. Era tal la afluencia de veraneantes que, a falta de alojamiento en la ciudad, lo buscaban por el litoral de la costa cercana. Uno tenía la impresión de que toda la aristocracia española se había dado cita en esta ciudad vasca. A la selecta concurrencia le había seguido el cuerpo diplomático acreditado en Madrid, lo que no sorprendía a nadie. No obstante, ese verano no era un

verano normal. Lo extraño era que muchas familias que acostumbraban a permanecer todo el período vacacional en Donostia, se instalaban esta vez a lo largo de la costa vascofrancesa. Todo el mundo esperaba despertarse una buena mañana con las fuerzas del Ejército en las calles.

En aquellos días, desde la victoria electoral del Frente Popular en febrero, las conversaciones giraban en torno al mismo tema: cuándo se echaría el Ejército a la calle. No pasaba un día sin que las Juventudes Socialistas y Comunistas desfilaran por la ciudad uniformados y con el puño en alto cantando L*a* I*nternacional* o L*a joven guardia*. Los falangistas, muchos menos, andaban petulantes con la sonrisa en los labios, vistiendo su nueva camisa azul, en compañía de señoritas de la aristocracia madrileña. Los nacionalistas vascos nos concentrábamos en los valles y montañas y, al ritmo de los acordes del txistu y del tamboril, colocábamos nuestra ikurriña en los picos mas altos gritando hasta enronquecer el grito de independencia que venía resonando en los verdes campos y encrespados picos pirenaicos: G*ora* E*uskadi askatuta*!

Algunos generales del Ejército y políticos del carlismo vasco venían a observarnos y a entrevistarse con nuestros líderes, y hacían proposiciones al mismo tiempo que realizaban sus cálculos de las fuerzas que podrían movilizar en el posible alzamiento que se había ido gestando desde el día siguiente de la instauración de la Segunda República en abril de 1931. Nuestros hermanos navarros y muchos guipuzcoanos que militaban en el campo carlista también realizaban concentraciones políticas (y militares) en los mismos valles y montañas. Las boinas de nuestros abuelos, que habían combatido al lado de don Carlos en el siglo XIX, (guerras carlistas) iban a mancharse con el barro y con la sangre de sus hermanos, los vascos nacionalistas, si sus líderes no se unían a la Gran Cruzada.

El cielo de nuestro continente, después de breve paz, volvía a oscurecerse amenazador. El aire estaba impregnado de olor a sangre. Todos esperábamos algo y

todos deseábamos cambiar el rumbo político, no solamente en la península Ibérica, sino también en Europa.

Los vascos que pensábamos como comunistas, éramos primero vascos, y sufríamos en silencio la hostilidad de los partidos marxistas internacionalistas que eran primero españoles o franceses y, después, internacionalistas. Pero los vascos estábamos acostumbrados a ello. Nuestros antepasados, que altivamente habían defendido el solar de la patria contra los romanos, los godos, los árabes, los francos y los castellanos, llorarían al ver a Euskal Herria cerca de su lecho de muerte, con muy poca esperanza de poder salvarse pero, ¡quién sabía! Los vascos habíamos sobrevivido desde tiempos prehistóricos. El espíritu nacional volvía a tomar cuerpo en la juventud vasca. No estaba muy lejos el día en que las comunidades europeas tendrían que tomar importantes decisiones si querían continuar siendo libres y solidarias.

Sumido en estas reflexiones me acerqué al Bulevar, y, como aún tenía tiempo, busqué una mesa al aire libre en la terraza del Café Central; al no encontrar ninguna, entré. La orquesta del Café tocaba música de José María Usandizaga, un compositor vasco que murió prematuramente. El público escuchaba la marcha de E*uskal* F*estara* con indiferencia. A pesar de la aparente calma, en el fondo, el pueblo dormía con sueño agitado. Los sindicatos obreros mantenían constante vigilancia a raíz de los asesinatos de Castillo, teniente de la Guardia de Asalto, supuestamente por pistoleros de la Falange, y de Calvo Sotelo, dirigente de la oposición parlamentaria del bloque de derechas en Madrid, llevado a cabo como represalia por los compañeros del teniente Castillo.

Toda clase de disparatados rumores circulaban de boca en boca, y la ciudad iba haciéndose a una situación anómala. Consulté el reloj, aún me quedaban dos largas horas hasta la señalada para reunirnos. La espera me pareció propicia para continuar con el paseo por «nuestra Donostia», así es como los donostiarras la denominábamos cariñosamente. Los extranjeros, incluidos los españoles y los vascos «desvasquizados» la llamaban la Bella

Easo, también con cariño; al fin y al cabo, todos la queríamos, cada uno a nuestro modo. Para los donostiarras no existía otra ciudad en todo el litoral español ni francés. Como Eugenia de Montijo había creado Biarritz, la regenta María Cristina de Habsburgo había convertido un pueblo de pescadores en una ciudad moderna y elegante. En ambas ciudades vascas el juego constituyó la base económica y existió una gran pugna para atraer concurrentes al Gran Casino donostiarra y al Casino Municipal de Biarritz.

Recorrí La Concha desde el parque de Alderdi Eder al Pico del Loro, donde estaba situado el Palacio Real, residencia de verano de los reyes de España. De regresó bajé a la playa y, quitándome los zapatos y remangándome los pantalones hasta la rodilla, me puse andar por sus gentiles olas espumosas. Aprovechando la marea baja subí por la escalerillas que llevaban al embarcadero del Club Náutico. Me calcé y, remontando el Club Náutico, salí frente a la parte lateral del Gran Casino. Anduve despreocupadamente a lo largo de las rejas que rodeaban el vetusto Gran Casino que se encontraba cerrado. Daba la sensación de tristeza ver al gran edificio de piedra tan desolado, aunque se mantenía limpio, siempre con la esperanza de que un buen día pudieran volver a abrirse los lujosos salones de ruleta.

Al llegar al final del edificio, crucé la calle y seguí por la calle Mayor. Al pie Monte Urgull se levantaba la iglesia de Santa María, magnífico edificio de estilo barroco. Giré a la derecha y me metí por la calle 31 de Agosto en dirección a San Telmo. A mitad de la misma se hallaba la Sociedad abierta. Algunos de mis compañeros estaban degustando los vinos para la cena. No bien acababa de entrar en el espacioso local, cuando Fermín Basterretxea se levantó del banquillo de madera en el que estaba sentado y vino a mi encuentro. Nos abrazamos. Fermín era uno de mis compañeros de la infancia. Nos llevábamos unos cuatro años. Yo tenía 18 años y Fermín 22.

–¿Cuándo llegaste? –le pregunté–. ¿Por qué no me has llamado?

–Hace una semana que llegué de Inglaterra. Tú bien sabes, Mario, primero la familia...

–¿Te gusta Inglaterra para estudiar?

–No está mal –me respondió–. Otro día hablaremos.

–¿Qué nos están preparando para esta noche?

–Etxabe está cocinando una bullabesa a la donostiarra.

–¿Qué tal Eguía, cómo va el cocido? –le pregunté.

–Te dejo que eches un vistazo a la piperrada.

–Tiene buen color.

–Hola Etxabe –le saludé.

–Hola Mario –me respondió Etxabe–. Te estoy preparando un plato que sé que te gusta.

–Una bullabesa a la donostiarra.

–Eso mismo –respondió.

Ambos eran consumados cocineros y hubieran podido honrar la cocina de cualquier restaurante de primera categoría.

–¿Quiénes vienen a cenar? –pregunté a uno de mis compañeros mientras me llenaba un vaso de sidra.

–Edu, Andoni, Salaverría... unos cuarenta –respondió Arce.

Arce era el único pelotari profesional del grupo. Jugaba en el frontón de Manila y había venido a pasar las vacaciones al txoko. De 23 años de edad, alto, de cara alargada, todo él era una máquina de nervios. Los últimos en llegar fueron Edu y Andoni, el médico.

–¿Qué tal sidra tenemos?– fue lo primero que dijo el médico.

–Prueba ésta –le ofreció Basterretxea, llenándole el vaso.

Andoni era conocedor de las sidras del país y casi todos los días recorría los caseríos de la provincia proban-

do las que preparaban los campesinos para vender a las sociedades gastronómicas de la capital.

Nos habíamos reunido cuarenta comensales y ocupábamos tres largas mesas. Durante la cena se habló de nuestras experiencias en el instituto y de la crisis política que atravesaba el país. Al final de la cena se levantó Edu con un vaso de vino en la mano:

–¡A la salud de nuestros dos contrabandistas Eguía y Etxabe, que bien pueden codearse con los mejores cocineros internacionales!

Un poco más tarde, la cena se dio por acabada y un grupo numeroso nos fuimos en dirección a La Concha. La noche era calurosa y húmeda, y el paseo estaba repleto de veraneantes y gentes de la ciudad que buscaban alivio de la bochornosa noche en la ligera brisa que del mar entraba.

Fue en las primeras horas del sábado 18 de julio de 1936 cuando nos llegó la primera noticia del levantamiento ocurrido el día anterior en Marruecos. Nos lo comunicó un obrero ferroviario que iba para su casa en el barrio del Antiguo.

Varios compañeros nuestros de tendencias socialistas se despidieron apresuradamente y se marcharon a su sede a informarse y confirmar la noticia que nos habían dado tan inesperadamente.

Lo primero que pensé, al igual que mis compañeros fue qué posición adoptarían el Partido Nacionalista Vasco y Acción Nacionalista Vasca. Lo segundo era qué íbamos hacer en el caso de que el Gobierno de la República decretase una movilización general.

El breve silencio que siguió a la noticia lo rompió Andrés Arce:

–No cogeré el fusil para defender ni la República, ni la Monarquía, ni a los carlistas, ni a los fascistas.

–Estoy de acuerdo –habló Etxabe–. Lo único que los vascos vamos a sacar de un conflicto entre republicanos,

monárquicos y fascistas es lo mismo que hemos sacado de las otras guerras carlistas: nada.

–Tienes razón Etxabe –respondió Arce.

–En eso todos los que estamos aquí somos de la misma opinión –dijo Basterretxea–. Si cuando nos debieran haber dado la autonomía no nos la dieron porque éramos unos «reaccionarios, vaticanistas y cavernícolas» ahora que se la guarden y se peguen entre ellos.

–No creo que debamos de precipitarnos y sacar conclusiones –dije.

–Tú, Mario –me respondió Basterretxea–, estás muy influido por los nuevos eslóganes que los comunistas han puesto en práctica: fascismo y antifascismo. Eso va a ser la mayor fábula histórica del siglo XX.

–Tienes razón, Basterretxea –respondieron mis compañeros.

–No te das cuenta, Mario, de que el antifascismo del Frente Popular es un arma de la política rusa al igual que el fascismo es un arma del capitalismo –volvió a hablar Basterretxea.

Me callé. No quise contestarle. Temía que Basterretxea tuviera razón.

La mayor tragedia era que los vascos no teníamos objetivos claros. Y sin objetivos claros la coyuntura que se presentaba iba a ser, una vez más, desaprovechada por los líderes del Partido Nacionalista Vasco, influidos por el Vaticano y los intereses financieros y económicos de la burguesía vasca.

Por otro lado, el otro partido vasco, Acción Nacionalista Vasca, de tendencia aconfesional y socialista, era de formación reciente y con muy poca influencia dentro del movimiento nacional vasco.

Capítulo II

Las noticias que nos habían dado unas horas antes en el paseo de La Concha y el constante movimiento de la gente que circulaba por las calles de la Parte Vieja no me permitieron dormir. Permanecí sobre la cama completamente despierto, atento a los ruidos y conversaciones que no cesaron en toda la madrugada.

Durante los primeros meses del 36, hablábamos todos los días del conflicto que todos esperábamos. Ahora que había estallado, estaba preocupado y temía que, antes de que acabase el día, ocurriera algo trascendental. De pronto, el futuro se presentaba incierto, no tenía aún la edad para el servicio militar... Aun en el caso de una movilización general, no esperaba que llamasen a los de 18 años de edad.

Mis compañeros Arce, Eguía y Basterretxea tenían entre 19 y 23 años y ellos serían los primeros movilizados. A mí me quedaban un año o dos. En un año todo se habría acabado... me quedé más tranquilo.

El ruido del teléfono me sobresaltó y salté de la cama. La abuela, ya levantada, lo cogió y yo volví a acostarme.

Los primeros rayos del sol empezaban a filtrarse por el balcón y una agradable brisa llegaba a la habitación.

–Mario, era tu padre. Me ha dado el encargo de que vayas a recoger el coche al garaje para ir en busca del tío Ander Mari que quiere regresar a Tolosa.

–¿Por qué no coge el autobús?

–No toma el autobús, porque le vas a llevar tú en el coche –me respondió–. Te voy a preparar un poco de café y la tía te dará el *hamaiketako* en cuando llegues a Tolosa.

–Pero si llegó ayer...

–Habrá acabado las gestiones mucho antes de lo que creía –dijo volviéndose hacia la puerta–. El tío tendrá prisa para vestirse el uniforme de oficial, para alistarse en los tercios de requetés.

Ya dentro, volvió a cerrar la puerta y vino hacía mí.

–¿Sabes algo que yo no sé? –me preguntó en tono alarmado, con ansiedad. Me daba cuenta de que la anciana, que tenía un sueño ligerísimo, estaba extrañada por el movimiento de gentes que no había cesado en toda la madrugada.

–Algo está pasando –repitió.

–Eso parece, amona. Anoche, antes de venir a casa oí la noticia de que se habían sublevado las tropas de África.

La anciana palideció y, sin decir una palabra, me abrazó, casi llorando. Estaba tan bien informada como podía estarlo yo, quizás mejor. Tres de sus hijos venían frecuentemente a visitarla: José Antonio que vivía en Iruñea y era nacionalista vasco; Patricio, que estaba a salvo y era uno de los caciques del pueblo y carlista hasta la médula; y el tío Ander Mari, que había llegado a la ciudad y quería regresar a Tolosa, y que también era carlista.

Unos minutos más tarde estaba listo para salir e ir a recoger el coche.

–Antes de que salgas –me dijo la abuela– ¿no crees que sería una buena idea llamar a Iruñea?

–En cuanto regrese llamaremos –le contesté.

Unas horas más tarde estaba de regreso. El tío me había puesto furioso durante el corto viaje. «Los requetés esto, los requetés lo otro...», estaba tan airado que sin almorzar en Tolosa regresé a la capital. Los tolosarras andaban erguidos y con una sonrisa en los labios que más parecía una mueca. Me dio mala espina. Tolosa, la antigua capital foral de Guipúzcoa era el pueblo más carlista de la provincia.

Aún no me había quitado el chaleco de lana, cuando la anciana me recordó:

–Llama al tío José Antonio.

Me acerqué al teléfono y traté de comunicarme con Iruñea. Lo intenté una docena de veces sin éxito alguno. Este pequeño contratiempo no me gustó nada.

– Algo está ocurriendo en Iruñea –le dije a la anciana

–Trata de comunicarte con el tío Patricio en Etxarri-Aranatz –volvió a insistir la anciana.

Traté de hacerlo sin resultado. Algo estaba pasando en Navarra. La anciana y yo nos quedamos mirándonos. Los dos teníamos los mismos presentimientos: los nabazos se habían puesto en marcha contra la República. Me estremecí al pensarlo.

La abuela, que había vivido las guerras carlistas del siglo anterior, empezó a llorar...

Capítulo III

Los primeros problemas que el levantamiento iba a crearnos se dibujaban aún con contornos difusos. La imposibilidad de comunicarnos con nuestros familiares que residían en la provincia vasca de Navarra nos causaba un fuerte malestar.

Desayuné y salí a la calle. El sol empezaba a pegar fuerte y busqué la sombra. La capital de verano se revolvía nerviosa, pero sin llegar a mostrar señal de pánico alguna. Por lo general yo era bastante tranquilo. No obstante, desde que nos habían dado la noticia del alzamiento me hallaba sumamente excitado, en espera de grandes acontecimientos. En las calles que iban a desembocar al Bulevar y en la Alameda, que dividía la parte vieja de la nueva, se habían formado numerosos corrillos en donde, en tono acalorado se discutían los acontecimientos que tan dramáticamente se iban desplegando ante nosotros. De pronto, la ciudad, espectante, fue sacudida por las roncas voces de los voceadores de periódicos:

–¡Extra! ¡Extra! ¡Últimas noticias!

–¡La guarnición de Sevilla contra la República, al grito de «Viva la República»!

Aunque todos dábamos por sentado que el levantamiento iniciado en África se extendería con rapidez por toda la península, las noticias que los voceadores pregonaban con fuerte griterío se recibieron como si fuesen descargas eléctricas. Involuntariamente, me estremecí con fuertes escalofríos a pesar del caluroso día de verano. La esperada sublevación de las fuerzas militares de guarnición en la península se había puesto en marcha.

La República del 14 de abril de 1931, compuesta por miembros de la pequeña burguesía liberal e intelectual, con sus aliados socialistas, habían fracasado en resolver los problemas políticos e históricos, económicos y laborales que padecía España. Desde el primer día, el Gobierno se enfrentó a la más poderosa organización obrera en la península: la CNT. El Frente Popular ganó las elecciones de febrero del 36 con los votos de la CNT que, por lo general, se abstenía, para poner en libertad a 30.000 presos políticos. La República democrática, compuesta de liberales y socialistas, no había conseguido dar una salida al problema español. Y este desastre iba arrastrar a la clase obrera y a las nacionalidades ibéricas a un periodo de crisis y sangre que se prolongaría durante todo el siglo XX.

Lo que no nos podíamos imaginar en estos aciagos días era que la democracia española no iba a ser destruida por la intervención de Alemania, Italia, Portugal o Rusia, sino por los países que los vascos, los liberales e intelectuales de la República trataban de emular y con los que tan identificados se sentían tanto cultural como políticamente: Francia, Inglaterra y Estados Unidos. La burguesía liberal y los socialistas no habían aprendido de la reciente lección recibida por China y Etiopía. En cinco años, los partidos de la pequeña burguesía y de intelectuales no habían despertado por completo de su sueño de conciliar lo imposible: los intereses de la clase obrera y los de la burguesía. Los socialistas habían fracasado una vez mas en Europa con su política de coopera-

ción con los partidos de la burguesía ayer monárquicos, hoy republicanos y mañana fascistas. Esta doble ceguera, más que ceguera, negligencia criminal, había desencadenado un movimiento militar fascista apoyado por el Vaticano que iba a ir acompañado de una venganza carnavalesca.

Las últimas noticias que pregonaban los voceadores de periódicos hicieron levantar a los que estaban sentados en el Café. Este nuevo suceso se recibió en silencio. Por la expresión de sus rostros, ya no se trataba de conocer si las fuerzas de la guarnición de los cuarteles de Loyola, a dos kilómetros de Donostia, se levantarían o no, sino cuándo... Las próximas 48 horas iban a ser decisivas.

El pueblo en general, exceptuando los militantes de las organizaciones políticas y sindicales, se encontraba confuso y paralizado ante la situación que tan vertiginosamente se iba abriendo. Las noticias se difundían como corrientes eléctricas, y la ciudad se estremecía en angustiosa espera. En las estrechas calles de la Parte Vieja, se iban formando innumerables grupos en los que se mezclaban personas de todas las condiciones sociales. Los obreros habían abandonado los talleres y fábricas y, con rostros sombríos, se apresuraban a ir a sus correspondientes casas sindicales y partidos políticos en busca de instrucciones de sus líderes. Si en este instante hubieran sacado a las calles las tropas acantonadas en los cuarteles de Loyola, la ciudad hubiera caído en manos de los rebeldes.

Muchos años después, echando la vista atrás y recordando ese trágico día, mi propia experiencia en la guerra, en la cárcel, en los batallones de trabajos forzados, en la primera resistencia, en el verano de 1940, en el exilio, en campo de detención y en la cárcel en Inglaterra, en la Segunda Guerra mundial, como marino en las fuerzas navales de Estados Unidos, en el exilio en París, Londres, México y Estados Unidos, perseguido por décadas por el macartismo, no puedo dejar de llegar a la conclusión de que quizá hubiera sido mejor que las fuerzas rebeldes hubieran triunfado en las primeras se-

manas del levantamiento. Las naciones de España se hubieran ahorrado decenas de miles de muertos, en combate y asesinados por ambos lados, y cientos de miles forzados a exilarse por un mito absurdo. La historia demostraría posteriormente la estupidez sangrienta del alzamiento, la revolución y contrarrevolución, la lucha por las libertades vascas y la guerra civil.

En medio de la alarma que estaban provocando los sucesos, la radio de la ciudad, sita en el Monte Urgull, iba instando a la población, como un disco rayado, a que tuviera calma. En uno de los numerosos grupos que se discutía la situación creada por el alzamiento, pude enterarme de que los grupos políticos que constituían la coalición del Frente Popular se habían entrevistado con el gobernador civil de la provincia, Artola Goikoetxea, para pedirle armas, demanda que el gobernador civil se negaba terminantemente a satisfacer por órdenes recibidas desde Madrid.

También se rumoreaba que el diputado nacionalista vasco Manuel Irujo, miembro del Consejo de Administración de la Papelera de Tolosa, y José María Lasarte, habían visitado al gobernador civil. No obstante, hasta entonces, a primeras horas de la tarde del 18 de julio, no se habían dado órdenes de movilización de los militantes del Partido Nacionalista Vasco, ni del Mendigoizale Batza (organización de montañistas vascos). Durante el período de la Segunda República, la niña bonita de Salvador de Madariaga, pedía que la juventud vasca fuese militarizada y armada. Llamadas que iban al basurero de la historia olvidada... También corrían rumores de que don Indalecio Prieto, dirigente socialista por la ciudad de Bilbao, político antivasco por excelencia, trataba de comunicarse con los líderes vascos, para que éstos saliesen a defender a la República del Frente Popular, bajo la solemne promesa de que el Gobierno otorgaría la esperada autonomía vasca que se hallaba pendiente y llena de polvo desde 1931. Este generoso ofrecimiento de los políticos socialistas, de los pequeños partidos de la clase media liberal y de los intelectuales españo-

les, no simpatizaba con los deseos de autonomía vascos. La autonomía hubiera sido una política constructiva en 1932; en 1936, bajo la amenaza de la guerra civil, era ya tarde. Los políticos vascos, pese a su mentalidad estrecha y de sacristía, acabarían aceptando, en octubre de 1936, las mezquinas dádivas del Gobierno del Frente Popular con el objetivo de proteger los intereses vaticanistas y de las instituciones económicas y financieras vascas ligadas a Inglaterra. Los políticos liberales y los internacionalistas socialistas, que eran primero españoles, aún no habían caído en la cuenta de que la península Ibérica no solamente eran España y Portugal, sino también un mosaico de diversas culturas y lenguas. Podíamos decir lo mismo de Europa. Si la Segunda República hubiese creado un sistema federal, es muy posible que se hubiera evitado la sublevación militar y se hubieran debilitado a las fuerzas de la reacción de la «España grande y libre» que aún soñaban con la España imperial.

Todos esperábamos que, ante la gravedad de la situación, el Gobierno del Frente Popular decidiera de un momento a otro la distribución de armas entre los partidos del régimen. Se rumoreaba también que en los centros industriales de la provincia de Guipúzcoa, controlado por los socialistas, se organizaban columnas armadas de obreros para la defensa de la ciudad. Los anarquistas y cenetistas, más prácticos y sabedores de que el Gobierno del Frente Popular no iba a armar a sus militantes, asaltaban sistemáticamente los establecimientos de armas de San Sebastián.

Los autobuses y tranvías de los pueblos adyacentes a la ciudad llegaban repletos de obreros que, al apearse, tiraban hacia la Parte Vieja, donde estaban ubicados dos de los sindicatos obreros de la ciudad: la UGT, de orientación socialista y la Casa del Pueblo, controlada por el Partido Comunista de Euskadi. La CNT, de tendencia anarcosindicalista, tenía su sede en Amara.

Enormemente excitado por la gran masa de gente que se iba concentrando en la Parte Vieja, me dejé llevar por la corriente humana que se movía a lo largo de la ca-

lle de San Jerónimo hasta la calle 31 de Agosto, donde estaba la UGT. Una calle más abajo en dirección del Bulevar, en la calle Puerto, estaba la Casa del Pueblo. Son tan angostas estas calles que los coches habían dejado de circular por ellas. Las tabernas y los bares, tan numerosos en esta zona de la ciudad, se iban llenando de obreros, estudiantes, profesionales y pequeños comerciantes. Tan cerrada era la oleada humana, que era imposible ir contra ella. Por fin, con gran esfuerzo, pude abrirme paso a la calle Mayor, que era paralela a la de San Jerónimo; ambas iban al Bulevar. Al llegar, me acerqué a los arcos en donde numerosos grupos discutían apasionadamente la rebelión militar

–¿Qué guarnición va a seguir a Sevilla? –preguntaba un joven que por su vestimenta parecía un obrero.

–No creo que debamos preocuparnos mucho –respondía un señor bien vestido–. El Gobierno dice que la situación está bajo control y esto me basta.

–Lo que el Gobierno del Frente Popular debiera hacer en estos momentos es distribuir armas al pueblo –insistió el joven obrero que había hablado anteriormente.

–Compañeros –interrumpió un obrero de edad media–. En 1933 Azaña era el jefe del Gobierno y Casares Quiroga ministro de Gobernación, y nosotros militantes de la CNT. No nos hemos olvidado de que fueron ellos los que cometieron la matanza de Casas Viejas. Hoy Santiago Casares es el jefe de Gobierno y ministro de la Guerra.

–¿Creéis compañeros que va armar al pueblo? ¡No! Ahora mismo debemos lanzarnos al asalto de los cuartelillos de la Policía, antes que sea tarde –acabó muy exaltado, blandiendo una pistola.

–El pueblo debe pedir cuentas a todos esos intelectuales que nos gobiernan con nuestros votos y que, de la noche a la mañana, se han convertido en políticos del pueblo para llevarnos al degolladero –volvió a hablar el anarquista.

–Lo que el pueblo debía exigir es que todos los políticos republicanos y socialistas que han participado en los gobiernos de la Segunda República sean colocados en el banquillo de los acusados y justifiquen su actuación política ante el pueblo –gritó otro de los concurrentes.

–Cuando íbamos a la huelga a pedir unas miserables pesetas de aumento de salarios para dar de comer y vestir decentemente a nuestros hijos, los republicanos y los socialistas nos mandaban a la Guardia Civil o a la Guardia de Asalto para que nos ametrallasen –volvió a hablar el cenetista que había sido interrumpido por uno de los concurrentes–. Yo voté por el Frente Popular para sacar de la cárcel a los 30.000 obreros que se pudrían en ella desde la Revolución de Octubre de 1934. Si no, hubiera votado por las derechas. Por lo menos, son más sinceros. Todos sabemos dónde están y cuáles son sus patrones... Sin embargo, los demagogos liberales y los socialistas nos hablan siempre de lo hermosa que es la democracia, sea democracia o no. Nos hablan de libertad y de justicia para todos. Y cuando los obreros y campesinos les pedimos pan y educación, nos responden que tengamos paciencia.

–Camaradas –le interrumpió uno del grupo. Miré y reconocí a un militante del Partido Comunista de Euskadi–. Lo importante –continuó– es cerrar filas alrededor del Gobierno del Frente Popular y destruir el brote fascista. Ésta es la obligación de todas las fuerzas progresivas, democráticas y de la clase obrera. La República es la que puede garantizar las reivindicaciones obreras y los derechos de autodeterminación del pueblo vasco.

Al oír las últimas palabras sonreí: ¡Los derechos vascos! Es decir, al estilo de las minorías no rusas subyugadas al chovinismo imperial de la Gran Rusia. Me quedé un momento más, la discusión se iba caldeando. Como esperaba, la réplica no tardó. El cenetista que había hablado antes respondió midiendo sus palabras:

–La clase obrera cenetista solamente combatirá por la revolución. La sangre de la clase obrera cenetista no

se va a derramar por el Frente Popular, una nueva fase para defender los intereses de la burguesía, ni por el fascismo italiano, ni por el nacionalsocialismo alemán, ni por la España monárquica, ni por la falangista, ni por los nuevos Estados que se están engendrando en Rusia.

Las últimas palabras del anarquista cayeron en medio de un silencio sepulcral que fue seguido por un fuerte alboroto: se insultaban los unos a los otros, llamándose contrarrevolucionarios. En ese instante me separé del grupo y eché a correr atravesando la ancha calle por donde los coches pasaban a velocidades vertiginosas.

Capítulo IV

Crucé la frondosa arboleda de la Alameda y eché a andar por la calle Garibay. El pequeño parque que separaba la Parte Vieja de la nueva era un cuadrado que se extendía cinco manzanas desde el Gran Casino hasta la calle Oquendo, donde estaba ubicado el Gobierno Civil y al frente el Hotel María Cristina.

La réplica del obrero anarquista al comunista, que fue seguida de violento altercado, se me grabó en la memoria para siempre. En la delicada situación en la que nos encontrábamos esta animosidad entre militantes de la CNT y comunistas me causó un gran malestar; peor aún, me parecía que reflejaba las irreconciliables diferencias y objetivos entre las fuerzas que se oponían al alzamiento militar. Diferencias que no tendrían consecuencias en el País Vasco, pero sí en el resto de la península. En Euskadi ambas organizaciones eran minoritarias y lo seguirían siendo a lo largo de la guerra civil. No obstante, en el País Vasco surgirían otros serios problemas, como veríamos más adelante.

Al pisar la acera de la calle Garibay oí que alguien me llamaba. Miré entre la numerosa concurrencia que llenaba la terraza del café de la Marina. Vi a Edu Goikoetxea y el médico Andoni Gurrutxaga que me hacían señas con la mano.

–Hola –les saludé, acercándome a su mesa al aire libre.

–¿Adónde vas? –me preguntó Edu–. Siempre que te veo, me das la impresión de que estás en la Luna.

–No estaría nada de mal estar allí. La Tierra no es un lugar tan ideal como nos pintan sus dirigentes políticos. Iba en busca de mis compañeros que me esperan en la esquina de la Avenida.

–¿Tienes tiempo para tomarte una caña? –preguntó Andoni.

–No se necesita mucho tiempo para tomarse una cerveza y, con el calor que hace... –respondí mirando a todos los lados del Café, buscando un asiento.

Uno de los camareros se acercó con una silla:

–¿Qué va a tomar?

Le pedí una caña y me senté al lado del resto de los compañeros.

Edu Goikoetxea era amigo de la familia y era como si fuese un hermano mío. Tenía 26 años, alto y delgado, de pelo castaño, estaba bronceado por el sol y el aire de las montañas y el mar. Bajo un rostro agradable, se podían distinguir rasgos de firmeza y voluntad. Era nacionalista, pero la política no le interesa en exceso, los deportes y el alpinismo era su pasión. Tenía un negocio en la ciudad con dos socios. Aunque procedía de la clase media vasca, se mezclaba sin esfuerzo alguno con los obreros.

Andoni Gurrutxaga, médico, había estudiado la carrera en la Facultad de Medicina de San Mario, Madrid. Acabados los estudios había pasado dos años como médico rural y hacía sólo uno que se había establecido en San Sebastián. Tenía la misma edad que Edu y, al igual que para él, la política era secundaria, aunque también

era nacionalista vasco. De mediana estatura, ancho de espaldas, rubio, de cara alargada, tenía unos ojos pequeños y penetrantes que se escondían bajo unas espesas cejas. Edu y Andoni habían hecho el servicio militar de cuota. Ambos habían sido alférez de complemento. Ambos arrastraban el trágico defecto del pueblo vasco que habíamos pagado muy caro y que aún tendríamos que pagar con sangre. Tanto Edu como Andoni habían nacido para ser líderes, no obstante, como solían decir infinidad de veces, la política era para los politiquillos mediocres. Este pensamiento tan arraigado en la mentalidad vasca, era su mayor problema. Era también una de las razones del porqué el pueblo vasco, uno de los pueblos más antiguos de Europa, no tenía un Estado propio. El que tuvo, el Reino de Navarra, fue destruido por el Vaticano y los castellanos, y en Francia por la Revolución francesa y los gobiernos jacobinos que la procedieron. Era un crimen pensar que Europa era incapaz de crear una Europa política con base en todas sus comunidades...

–Mario –me habló Edu–, el mes que viene vamos a escalar los Pirineos Centrales y, si te interesa, tenemos aún sitio.

–¿Para cuántos días?

–Para quince días más o menos –respondió Andoni.

–Podéis contar conmigo –les dije bebiendo lentamente la cerveza–. Claro está, si el jaleo que se ha puesto en marcha y el general Mola no terminan con nosotros para entonces.

–Esto se acaba en un par de semanas –me respondió Andoni–. Además –agregó–, los Estados europeos no van a permitir ninguna revolución que vaya amenazar el *statu quo*.

–Entonces... los italianos y alemanes ¿no amenazan al sistema?

–No –respondió con rotundidad Andoni–. Han sido creadas como una muralla para frenar el avance comunista.

–Bueno –les dije levantándome–, gracias por la cerveza. Me largo en busca de mis compañeros.

–Agur, Mario.

Seguí la acera de la calle de Garibay hasta la Avenida. En su esquina me encontré con mis compañeros del Instituto que, muy excitados, comentaban los acontecimientos.

–¿Qué os parecen las noticias? –les pregunté a ellos.

–¿De dónde vienes, Mario? –preguntó uno de mis compañeros.

De la Parte Vieja. No tenéis idea de lo animado que está. Parece un día de regatas.

–Vamos a acercarnos –sugirió Federico.

García era militante comunista y había estudiado la carrera de Comercio. A pesar de que yo había dejado en 1935 de militar en las Juventudes Comunistas de Euskadi, manteníamos unas buenas relaciones personales.

–Bien –contestamos todos.

–Os acompaño hasta el Gran Casino –dijo uno del grupo, que vestía el uniforme de alférez de aviación y se mantenía algo alejado del grupo.

–Puedes venir con nosotros. No creo que te vaya a ocurrir nada, aunque vayas de uniforme –le dijo Federico, en tono algo sarcástico.

El grupo echó a andar en dirección a La Concha, a una manzana de distancia.

–¿Conoces bien a ese tipo? –le pregunté a Federico.

–Claro que sí. Somos los dos del mismo año y hemos estudiado juntos.

–Yo siempre he tenido la impresión de que pertenece a la Falange.

–Por eso mismo le he invitado a venir con nosotros a la Parte Vieja –respondió Federico, mientras caminábamos por la calle Hernani.

Las terrazas de los cafés a lo largo del Miramar y de la calle Hernani estaban repletas de veraneantes de Madrid entre los que se podía distinguir un gran porcentaje de militares retirados y damas de la aristocracia.

–Es sorprendente la cantidad de gente que está cayendo de Madrid –comenté.

No era necesario ser un buen observador para darse cuenta de la favorable acogida que las noticias de prensa habían tenido entre los veraneantes reunidos en las terrazas de los cafés.

–Menuda quinta columna de rebeldes que se nos ha metido en la ciudad. Al fin y al cabo es lo que todos vosotros esperabais y creo que os habéis preparado. ¿No?

–Y vosotros, los vascos nacionalistas, Mario, ¿no tenéis metas?

–No lo sé, Federico. Me temo que no. Aunque yo personalmente combatiré para crear un Estado vasco y, una vez conseguido ese objetivo, trabajaré por una sociedad ibérica o europea unida y solidaria...

–Si los vascos no os habéis preparado para una contingencia como ésta es que sois unos imbéciles.

–Y vosotros, las fuerzas del Frente Popular, ¿os habéis preparado y os habéis armado para enfrentaros a la situación?

–No, pero nosotros no contamos con los medios económicos que tenéis los vascos nacionalistas.

–Tú sabes tan bien como yo que los grandes empresarios y financieros vascos están más cerca del alzamiento que de la independencia vasca. Además –continué–, a vosotros os van a apoyar la Segunda Internacional Socialista y la Tercera Internacional Comunista. Más importante aún, estoy seguro que el Gobierno de Francia venderá al Gobierno del Frente Popular todas las armas que sean necesarias para estrangular el alzamiento militar.

–Así lo espero –respondió Federico.

–Te lo digo con toda la sinceridad, Mario. A pesar de nuestras relaciones con el movimiento internacional y con el Gobierno del Frente Popular francés, tengo el convencimiento de que si nosotros somos incapaces de estrangular la rebelión fascista militar por nuestros el propios medios, el internacionalismo nos dejará en la estacada, o nos presionaran para hacer su juego.

–Federico, yo soy aún muy joven, pero en los últimos años he leído bastante. Decía un inglés, cuyo nombre no recuerdo, que las naciones solamente tienen intereses y que todo lo demás son perogrulladas. Por desgracia no tardaremos mucho tiempo en ver hasta dónde es capaz de ayudarnos el movimiento internacional. Porque puedes estar seguro, Federico, de que la Alemania hitleriana y la Italia de Mussolini vendrán a ayudar al movimiento fascista que se ha puesto en marcha. Creo que estarás tan informado como yo de las reuniones que ha habido entre los conspiradores fascistas españoles y los otros Estados fascistas.

–Ya lo sé, Mario –respondió Federico–. Por eso creo que los países democráticos nos venderán las armas que necesitemos para derrocar la rebelión que se ha puesto en marcha contra la democracia española.

Nuestros compañeros interrumpieron el diálogo.

Al otro lado de la calle de Hernani, por la acera del Gran Casino, un numeroso grupo de obreros cruzó con paso rápido la dorada gravilla del Parque de Alderdi Eder y se encaró en dirección a la calle Easo hacia la barriada obrera del barrio de Amara, donde estaban ubicadas las sedes del sindicato obrero de la CNT y del Partido Comunista de Euskadi. Su paso despertó, entre la gente sentada en las terrazas de los cafés, una mezcla de recelo y animosidad.

–¡Ah! –exclamó el oficial del Ejército que venía en el grupo–. Por fin ha llegado el momento esperado. Ya era hora. Ahora va a ver esa chusma de lo que es capaz el Ejército.

–¡Oye, majadero! –le cortó Federico, furioso–. Nosotros pertenecemos a esa chusma, así que, si no te gusta nuestra compañía, a nosotros nos gusta menos la de idiotas como tú.

–Ya sé por qué lado andas, Federico, y puedes tener la completa seguridad de que a vosotros los comunistas, al igual que a este rojo separatista –dijo fijándose en mí– os vamos a liquidar. El Ejército y la Iglesia se van a poner a limpiar y purificar a España de todos vosotros y de la masonería.

–¿No crees que estás hablando más de la cuenta? –le contesté todo airado, sin poder contenerme ante la provocación.

–Digo y diré lo que me dé la gana, y si no os gusta, apresuraos a llegar a la Parte Vieja, donde se están concentrando las hordas rojas separatistas –sin dejarle acabar, me abalancé sobre el militar y en un momento se armó la de San Quintín.

Los curiosos se arremolinaron inmediatamente, formando un gran círculo. Los otros compañeros, que se habían mantenido en silencio durante el rápido cruce de palabras, intervinieron enseguida, sujetándonos a los dos.

–Tú, hijo de la gran puta, fascista, te voy a romper el alma –gritaba mientras forcejeaba violentamente para liberarme de mis compañeros.

Finalmente, con una violenta contorsión pude soltarme, y rodé por el suelo. Temblando de ira, crucé la Alameda frente al Gran Casino y me metí en la calle Mayor. Andaba dando traspiés como si estuviera borracho, tropezándome con los transeúntes que caminaban por las calles. Los otros compañeros me dieron alcance. Federico me cogió del brazo y seguimos andando en silencio. El sol desaparecía en el ocaso azul de la tarde y la ciudad comenzaba a recogerse en sus sombras. Las campanas de las iglesias llamaron a los fieles al rosario, y su sonido se extendió lentamente por toda la ciudad. La Parte Vieja se había ido descongestionando, y el vocerío de mo-

mentos antes pidiendo armas, armas y más armas, se había silenciado. Grupos de amigos seguían sus religiosas costumbres, visitando una a una todas las tabernas.

–¿Hacia dónde vas? –me preguntó Federico.

–A casa a tumbarme un rato. ¿Adónde vais vosotros?

–A la Casa del Pueblo, a informarnos de las últimas novedades.

–Te veré más tarde.

–Estaré en casa o en el sindicato –me dijo Federico.

Subí con lentitud las carcomidas escaleras hasta el segundo piso. Abrí la puerta.

–¡Ya he llegado! –grité.

Sin hacer ruido, me metí a mi habitación. Cerré la puerta. Tiré la chaqueta sobre la silla y me dejé caer pesadamente sobre la cama. Estaba deprimido y me encontraba terriblemente irritado por haber perdido el control en el incidente de momentos antes. Me hallaba sorprendido de la enorme transformación que había sufrido en los últimos años desde que había regresado a la ciudad para comenzar mis estudios, estudios que habían de cortarse con súbita brusquedad.

Mis primeros años de formación y búsqueda se desarrollaron bajo el Gobierno de la Segunda República. El líder socialista Fernando de los Ríos había dicho: «¡Qué bonita es una revolución sin sangre!», un Gobierno democrático, dirigido por hombres de la pequeña burguesía republicana, de la derecha española y personalidades intelectuales y socialistas que en cinco años habían hecho, sin quererlo, que la península Ibérica se viera al borde de una de sus mayores crisis políticas que había sufrido en toda su historia. En cinco años no sólo habían fracasado en depurar al Ejército y la Guardia Civil, sino que también habían permitido a las oligarquías feudales reconstruirse políticamente, y habían conseguido poner completamente contra ellos a la juventud obrera y estudiantil con la estúpida retórica que en sus promesas cubría su ineptitud como políticos y estadistas.

Capítulo V

Tumbado sobre la cama con la ropa puesta y con la mirada fija en el techo, me puse a recordar con nostalgia la serena tranquilidad de los campos vascos; sus montañas cubiertas de pinos, cedros y robles; sus praderas siempre húmedas; sus blancos caseríos escondidos entre los matorrales, celosos guardianes de las tradiciones y del lenguaje vasco que se remontaba a la prehistoria, y que hoy estaba en camino de extinción.

La amona, al darse cuenta de que había llegado, vino a mi habitación y, al verme tumbado con la ropa puesta, se alarmó.

–¿Estás malo? –me preguntó. Solícita y con rostro preocupado, me puso su mano fría y arrugada sobre la frente.

–No tengo fiebre amona. Estoy bien, sólo algo cansado.

La anciana se cercioró de que no tenía fiebre y salió de la habitación. Le seguí con la mirada. Aún estaba ágil a su edad. Tenía 96 años, era alta y erguida, de pelo espeso y blanco, de rostro alargado.

Para ella, la vida era tranquila y sin complicaciones, su única comunicación con el mundo exterior era el mercado donde hacía las compras del día. Allí se pasaba horas y horas hablando con las campesinas que venían a la ciudad desde los caseríos de los alrededores con la leche y las verduras. Y en los días calurosos hablaba y discutía con las pescadoras del muelle que esperaban la llegada de la mercancía para subastarla.

Cerré los ojos y de nuevo mis pensamientos me llevaron al desagradable incidente de momentos antes. Estaba inquieto y terriblemente preocupado por la posición que iban a adoptar nuestros dirigentes con su estrecha mentalidad mercantilista y de sacristía. Estaba seguro de que el vendaval que se había desencadenado en la víspera en África y luego en Andalucía, no tardaría mucho en envolvernos.

Los vascos conocíamos perfectamente lo que se tramaba en la provincia de Navarra. Lo conocíamos por nuestros familiares y por los centros nacionalistas de los pueblos. Desde hacía cinco meses los líderes del movimiento nacionalista vasco en Navarra mandaban informes diarios sobre la creciente actividad de las fuerzas paramilitares del requeté navarro, que constantemente realizaban simulacros de concentración en los pueblos y montes del Pirineo vasco. Estas concentraciones de nuestros hermanos carlistas tenían como objetivo el ocupar las cotas más altas y los pasos de montaña en caso de una contienda. Al contrario del requeté vasco, el nacionalismo vasco se mantenía en silencio y rechazaba las continuas e insistentes demandas de Mendigoizale Batza para armarse y organizarse en líneas militares. Un gran número de los miembros afiliados a esta organización no hubiesen tenido inconveniente en comprar el fusil con sus propios medios. El problema económico no era el fundamental, ni la razón de que el 18 de julio de 1936 los gudaris estuviéramos desarmados.

De la misma manera que Metternich trató de ignorar el nacionalismo de Austria, los franceses y españoles negaban al pueblo vasco un nacionalismo cultural, pues

ellos siempre habían pensado que cuantas más facilidades diesen a los vascos para que pudieran desarrollar su lengua y literatura, más peligro existiría de que los vascos pidiesen más autonomía política primero y luego, a su debido tiempo, la independencia.

De acuerdo con las normas dictadas por Metternich, abanderado del tradicionalismo europeo, bajo el divino manto de la monarquía de los Habsburgos, los descendientes de los jacobinos en Francia y, desde los tradicionalistas unitarios hasta los marxistas, todos estaban de acuerdo en que había que suprimir la agitación nacionalista en el País Vasco, expulsando de su territorio a los vascos y poblando su histórico territorio con españoles y franceses.

Los franceses habían destruido el viejo orden de los Habsburgos con los privilegios de la aristocracia y de la Iglesia al grito de «Libertad, Fraternidad e Igualdad» y los vascos nos preguntábamos: ¿Libertad, Fraternidad e Igualdad para quién?

Pues los vascos seguíamos sujetados por la fuerza bruta, no al viejo orden, sino al nuevo y sagrado orden de la democracia burguesa neoliberal y de la socialdemocracia solamente interesada en mantener los privilegios de siempre de la burguesía y de la propiedad, de la Iglesia y de la explotación y deshumanización del hombre.

El creer que pudiera haber paz en Europa mientras existiesen pueblos subyugados era una de las tantas estúpidas locuras que se cometían y se siguen cometiendo en Europa. Si los vascos tenemos y usamos un idioma prehistórico y nuestra literatura no es extensa, si nuestra cultura es francesa o española, se lo debemos a estos Estados que han hecho lo imposible para que los vascos no podamos desarrollar nuestra propia cultura. Si las culturas en Francia, España, Italia, Alemania e Inglaterra habían progresado tanto había sido a costa de la destrucción cultural de los catalanes, gallegos, bretones, flamencos, bávaros, alsacianos, sicilianos, irlandeses, escoceses, galeses y vascos, entre otros.

Solamente habrá paz en Europa cuando todos los pueblos que la constituyen puedan desarrollarse con normalidad, aportando así su propia cultura al bien común del continente. Europa no es la suma de los Estados nacionales tal y como están formados en el presente, sino la de todas sus comunidades.

Mis recuerdos de infancia se mezclaban confusamente con los acontecimientos que empezábamos a vivir e intuitivamente presentía que iba a cambiar por completo mi trayectoria en la vida e iba a sumirme en una larga noche dolada de fantasmas.

No hubiera creído por aquel entonces, aunque me lo hubieran dicho un millón de veces, que el alzamiento que se había puesto en marcha fuera a traerme una serie de experiencias que alterarían por completo mi visión del mundo.

La breve revolución que iba a seguir al levantamiento para derivar en la guerra civil produciría uno de los fenómenos más trágicos de la historia de España. El papel que jugaron en la guerra de la independencia los afrancesados que se pusieron al servicio de Francia contra las fuerzas populares españolas se iba a repetir a gran escala durante el periodo de 1936 hasta el presente.

A lo largo de todo este periodo iban a surgir los rusificados e internacionalistas, los afrancesados y anglófilos, liberales democratizados, los alemanizados e italianizados. Estas tres influencias se encargarían de arrastrar a la juventud idealista, vital y hambrienta de un mundo más justo, al degolladero.

Once años habían transcurrido desde mi regreso a la ciudad, once años de fuertes contradicciones. Procedía de familia de conservadores con fuertes raíces en el País Vasco. No recuerdo en toda la familia, de diferentes ramas vascas, la guipuzcoana y la navarra, ningún familiar de pensamiento liberal. Solamente vascos carlistas y nacionalistas.

Mis primeros años se deslizaron en un vetusto caserío al que se llegaba por sendas cortadas en las monta-

ñas. Se hallaba a dos horas de la antigua capital foral de Guipúzcoa, Tolosa, villa a su vez situada a 25 kilómetros de la actual capital vasca, San Sebastián. El carro de bueyes que cruzaba las estrechas sendas con dificultad era el único medio de transporte del que disponíamos entonces y ahora para llegar a aquellos refugios que quedaban aislados y ocultos entre la vegetación.

Bajo la tutela de la amona, desde mi más temprana edad, comencé a desconfiar de la Iglesia. El dominio de esta institución sobre el pueblo vasco era total, y no había una sola familia rural que no tuviera un miembro, mujer u hombre, perteneciente a una orden religiosa. Este dominio religioso había conseguido deformar la personalidad del pueblo vasco por completo.

La abuela, en espíritu, pertenecía a la edad heroica del pasado vasco, cuando las tribus vasconas de las montañas preferían morir antes que entregarse a los conquistadores que llegaban para robarles sus tierras. Pertenecía ella a una extinguida secta en la que trataban de mantener vivo el paganismo histórico del pueblo vasco, con sus dioses míticos. En este ambiente fui creciendo y esta influencia, naturalmente, me creó grandes problemas posteriormente.

Cuando mis padres decidieron trasladarme a la capital para que comenzara mis estudios, la amona, después de una larga meditación, acordó venirse conmigo. Al llegar nos instalamos en un modesto piso de la Parte Vieja en el que vivía una de sus hijas.

Poco después recibí dos fuertes impactos culturales. El primero fue ingresar en la escuela elemental: las clases se daban en español, lengua que yo no conocía. Desde ese momento nacieron en mí unas fuertes contradicciones que se irían agudizando con el tiempo a medida que me iba adentrando en la cultura que nos habían impuesta nuestros conquistadores. El segundo, lo recibí al comenzar la preparación para la primera comunión, y estudiar el catecismo, que significaba el dominio del Vaticano sobre mi espíritu. Estas dos terribles mutaciones

realizadas en el pueblo vasco habían sido, entre otras, causas de que hubiese intervenido en dos guerras carlistas al lado de los restauradores, y que en la contienda que se perfilaba, un gran número de vascos formara los tercios de requetés, después, a la caída de Guipúzcoa, las Brigadas navarro-guipuzcoanas y por último las Divisiones de Navarra. La trágica historia de los vascos volvía una vez más a repetirse.

Estos dos choques culturales y la insensibilidad de la clase media vasca para resolver los problemas que afectaban a la clase obrera me lanzaron a una búsqueda desesperada de valores dentro de las ideologías en boga durante la Segunda República. Pronto me convencí de que las doctrinas políticas más avanzadas de la época, el socialismo y comunismo, habían sido incapaces de resolver el problema de las minorías.

Resolvía mal los problemas económicos, fracasaba en resolver los problemas éticos, políticos y espirituales de sus comunidades mientras que éstas quedaban relegadas a segundo orden, siempre supeditadas a las fuerzas de los mismos nacionalismos centralistas que habían destruido a Europa.

Así cuando Sabino Arana Goiri levantó la bandera de la libertad para el pueblo vasco en 1905, supuso una luz en la larga y oscura noche de la historia del pueblo vasco, aunque el naciente nacionalismo venía también deformado por su lema: *Jaungoikoa eta Lege Zaharra* (Dios y Leyes Viejas) así como por sus líderes, pertenecientes a la clase media conservadora y por el fanatismo religioso que tanto daño había causado al pueblo vasco a lo largo de su historia.

La mayor contribución de Sabino Arana Goiri al movimiento vasco, fue el dar conciencia de su nacionalidad al pueblo, y a la juventud una fuerte inquietud ante los graves problemas que amenazaban la existencia de la etnicidad de los vascos. Ahora, la tarea de la juventud era destruir el lema de Sabino Arana Goiri, que no era muy distinto al lema carlista de «Dios y Fueros», e impulsar

un frente nacional vasco, capaz de incorporar a la lucha a los vascos continentales; que fuese vanguardia de nuevas fuerzas progresistas y pudieran aglutinar con las otras minorías europeas para llevar a los vascos de las dos vertientes de los Pirineo a su plena libertad y a la unidad política dentro de una nueva restauración europea.

Presentía que la tarea que teníamos por delante iba a ser dura, terriblemente dura.

La defensa de Guipúzcoa, en los primeros días de lucha, no fue tan difícil. Cinco o seis batallones de gudaris más o menos armados podían ganar el tiempo necesario para organizar la retaguardia y la producción de pertrechos de guerra por la industria vasca.

Para este plan era imprescindible que Mendigoizale Batza hubiera ocupado Puerto Belate, para impedir que las columnas de Pamplona se pudieran unir a los núcleos carlistas del valle del Baztán. Puerto Azpiroz y los altos de Betelu eran necesarios para la defensa de Tolosa. Puerto Etxegarate, para proteger la zona de Beasain y Tolosa. Más importante aún: desde esos altos se podrían interceptar las comunicaciones y la retaguardia enemiga con partidas armadas.

En plan ofensivo, si las fuerzas de Mendigoizale Batza hubieran estado armadas, hubiera sido muy sencillo. Se podrían haber atacado Pamplona y Vitoria simultáneamente, y el nacimiento de un Estado vasco independiente en Europa hubiera sido una realidad. No sólo existían las posibilidades de crear la nación vasca, sino también la de recuperar nuestros territorios perdidos a lo largo de la historia.

Una minoría de jóvenes patriotas que estaba ideológicamente a la izquierda creía que la cuestión vasca solamente se podría solucionar dentro de una Federación de Comunidades Ibéricas de tipo socialista, en donde se aunaría el espíritu ético religioso vasco con el humanismo socialista. Más adelante podría convertirse en una Federación de Comunidades Europeas, ya que pensaban que únicamente el socialismo sería capaz de re-

solver el problema socioeconómico del país y que era la única solución para acabar con las guerras civiles europeas, que tantas y tantas miserias habían generado.

Sin embargo, la realidad era muy diferente. Tumbado sobre la cama tenía el profundo presentimiento de que el general Mola, si no había ocupado esas alturas, no tardaría en hacerlo y, con ello, se iba a malograr una vez más en la historia la libertad del pueblo vasco.

El Partido Nacionalista Vasco no tenía metas concretas en la cuestión vital para el pueblo vasco, ni un programa de lucha imaginativo e ideológico que pudiera galvanizar el entusiasmo y vitalidad de la juventud vasca. En las horas críticas del 18 de julio, nos hallábamos indecisos y confusos sin saber qué camino íbamos a seguir.

Cada día veía con más claridad a nuestros líderes. Ellos estaban más interesados en defender los intereses de la industria, la banca y la Iglesia, que en la unidad y libertad del pueblo vasco. Cuando pedíamos que el Mendigoizale Batza fuese militarizado, los jefes del Partido Nacionalista Vasco nos decían que este era un partido de «ley y orden». La falta de visión era tan profunda que el pueblo vasco lo acabaría pagando con su propia sangre.

¡Con qué claridad corrían por mis pensamientos los acontecimientos que habían dado comienzo en la primavera de 1931 y volvían a presentarse en el verano de 1936! Me daba la impresión de que el reloj de la atormentada península se había retrasado cinco años. Las palabras del profesor socialista, Fernando de los Ríos, resonaron con fuerza en mis oídos: «¡Qué hermosa es una República sin sangre!», solía decir en sus discursos mientras se acariciaba la barba.

Las fuerzas democráticas socialistas, fieles a su trayectoria política, a la que se unirían más tarde los comunistas, se convirtieron al igual que sus correligionarios alemanes de la República de Weimar en cabeza de puente del nacionalsocialismo en Alemania, al no oponer resistencia.

De pronto, sentí tal cansancio mental que mis ideas y mis pensamientos se fueron apagando poco a poco, hasta quedarme dormido.

Capítulo VI

Me desperté hambriento al rayar el día. Era domingo, 19 de julio. La tensión y la excitación del día anterior me habían dejado tan agotado que me había quedado profundamente dormido con la ropa puesta. La amona, antes de retirarse, me había cubierto con una manta.

El continuo y sordo rumor de pasos apresurados y voces me hizo asomarme al balcón. Bandas de obreros en buzos azules de trabajo iban y venían por las calles San Jerónimo y Mayor. Los unos en dirección de las sindicales obreras situadas a una y dos manzanas, y los otros hacia el Bulevar. Este inusitado movimiento a tan temprana hora de la mañana me hizo pensar que durante la noche la situación se había agravado. Me lavé apresuradamente, presa de un gran nerviosismo.

Eran las cinco y media cuando entré a la cocina a tomarme el café. Llené la taza. Lo que más tarde los líderes del alzamiento iban a denominar la «cruzada contra el comunismo», se había puesto en marcha. Dos nuevos

símbolos entraban en pugna en la península para salvar la crisis del liberalismo capitalista, y ambos iban a destruir las ilusiones de un mundo más justo y más humano. Bajo el lema del anticomunismo y del antirracismo los dos símbolos se unían contra todos los pueblos de la humanidad.

–Egunon, amona –dije a la anciana que se hallaba sentada en un rincón, junto al largo fogón de hierro.

La amona se pasaba la mayor parte del día en la espaciosa cocina. Era una costumbre del caserío donde la cocina, alumbrada por los troncos de pinos que continuamente ardían en el gran fogón, era el centro de las actividades sociales. Nuestro piso era modesto y tenía una ancha cocina que hacía de comedor. El fogón era de ocho fuegos que estaban también encendidos las 24 horas del día con carbón. En la ventana, que daba al patio interior, teníamos una caja de latón llena de hielo, que servía como refrigerador. A lo largo del oscuro pasillo había varias habitaciones desocupadas y, al final, se encontraban la recámara de la abuela y la mía, que daban a la calle.

–No llores, amona –le dije tratando de tranquilizarla.

–Jaungoikoa! Jaungoikoa! –exclamó, cubriéndose con las callosas manos sus arrugadas facciones.

Traté de calmarla como pude. Poco después recuperó su compostura.

–La amatxo llamó ayer tres o cuatro veces preguntando por ti. También han intentado ponerse en contacto con Iruñea y Etxarri-Aranatz. Tengo miedo por el tío Joxe Antonio y por ti. Los navarros ya se han echado al monte, Mario.

Volví a llenar la taza de café y, cuando iba a sentarme, sonó el teléfono.

–Temprano empieza –dije en voz alta.

–Nor da? –pregunté.

–¡Mario! –reconocí la voz de Eguía al otro lado de la línea–. ¿Ya estarás enterado, no?

–¿Enterado de qué?

–Todas las guarniciones de la península se están levantando una tras otra.

–Es lo que todos esperábamos. ¿También Loyola?

–Se rumorea que también se ha levantado, aunque las tropas no han salido a la calle. Todos los accesos a los cuarteles de Loyola están llenos de gente.

–¿Armados?

–¡Qué va! –respondió–. Cuatro pistolas y unas cuantas escopetas de caza.

–¿Dónde estás ahora?

–He subido a casa a darme una ducha porque me he pasado la noche sin dormir.

–¿Con quién has estado?

–Con Arce, Etxabe y Basterretxea.

–¿Algo nuevo con el Partido?

–Nada Mario –respondió Eguía.

–¿Te veré luego?

–En un par de horas iremos a buscarte.

–Agur –respondí colgando el teléfono.

–¿Quién era? –preguntó la abuela en cuanto regresé a la cocina.

–Eguía.

–Te he preparado un poco de carne. Ayer te quedaste dormido sin cenar y estoy segura que estarás hambriento– mientras decía esto, la anciana fue colocando un bistec y una barra de pan sobre la mesa.

–Otra vez los vascos vamos a matarnos entre hermanos. En la última guerra carlista, los carlistas contra los liberales. Ahora los carlistas vascos contra los nacionalistas –dijo estas palabras en tono cansado, mientras llenaba un vaso de vino.

–No te preocupes, amona. Si los vascos patriotas tenemos que morir, será únicamente por nuestra libertad y nuestra independencia.

–Los jóvenes vascos vais a morir. Los unos bajo la bandera de «Dios, Patria y Rey»; los otros por *Jaungoikoa eta Lege Zaharra*, bajo un nombre distinto pero defendiendo la misma religión.

–Amona, tu odio a la Iglesia nunca te ha dejado ver las cosas con claridad y te ha amargado la vida. Además, parte del clero vasco combatirá en favor de la independencia del pueblo vasco.

–No, Mario. Desde que el cristianismo nos envenenó con sus creencias, comenzaron todas nuestras desdichas, todas nuestras calamidades, y así, poco a poco, los vascos lo hemos ido perdiendo todo.

La anciana, en dos palabras, había puesto el dedo en la llaga de la sangrienta herida del pueblo vasco.

–Voy a darme una vuelta –dije levantándome–. Si llegan mis compañeros diles que me esperen.

–Ten cuidado, Mario –me dijo la anciana–. Y que Aitor te guarde.

Dicho esto, la amona se volvió a sumir en sus pensamientos. La observé un instante. Era un roble, fiel a sus tradiciones, fuertemente arraigada en los usos y costumbres de un paganismo que iba extinguiéndose rápidamente ante el asalto de las ideas judeocristianas sobre Europa.

Salí de casa y me detuve en el portal. La situación en la mañana del 19 de julio se presentaba confusa, y solamente se percibía en pinceladas brumosas la potencia del huracán que había comenzado a soplar desde la victoria de las fuerzas democráticas del Frente Popular en el mes de febrero. El alzamiento de la guarnición primero en el Marruecos español, luego en Andalucía y el 19 de julio en Madrid, entre otras capitales de la España imperial, señalaba la contraofensiva que se había ido

gestando en las salas de banderas y en los casinos militares desde la primavera de 1931.

El pueblo que se desbordó en fiestas aquel 14 de abril de 1931, hubiera sido capaz de realizar esfuerzos sobrehumanos en la gran tarea de reconstruir la península Ibérica, si los políticos e intelectuales de la Segunda República hubieran sabido canalizar la energía dentro de él. Esos intelectuales se pasaban horas y horas puliendo unos discursos que eran joyas declamatorias democráticas, pero que estaban fuera de la realidad política española e internacional.

Ahora, el 19 de julio de 1936, mientras los jefes del nacionalismo vasco ponderaban a cuál de las dos facciones españolas seguir, nuestros hermanos, los requetés navarros, se presentaban en sus centros de concentración para «salvar a España». En unos días coparían los montes de los Pirineos vascos.

Encendí un cigarrillo. Salí del portal y me encaminé hacía la calle de San Jerónimo, a media manzana de donde yo vivía. Seguí por esta calle hasta el final, donde tenía su sede la UGT, en la calle 31 de Agosto. A lo largo de ella y en sus adyacentes, la calle de San Jerónimo, la calle Mayor que desembocaba al Bulevar y la calle del Puerto a una manzana de la UGT, se habían formado grandes núcleos de obreros que esperaban instrucciones de sus jefes sindicales. A cortos intervalos, como si estuviera sincronizado por un director de orquesta, se elevaba un fuerte clamor:

–¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!

El griterío cesaba cuando algún directivo de la central sindical se asomaba al balcón que daba a la calle y pasaba a informar de las gestiones que los partidos políticos y las sindicales obreras realizaban ante el gobernador civil de la provincia y el jefe militar de la plaza. Me quedé por un momento pensativo, reflexionando sobre la suerte que íbamos a correr. Para mí, estos días eran días de conflictos y terribles contradicciones. Por un lado, mi espíritu revolucionario se enfrentaba con la injusticia que

padecían las clases obreras a manos de una burguesía estúpida, individualista y ambiciosa que se había tomado la prerrogativa de ser ella la única portadora de la libertad, la democracia y el progreso. Y por otro lado, estaba mi intensa determinación de ver al pueblo vasco conquistar sus libertades y acabar con la influencia vaticanista que había castrado su personalidad.

Siguiendo la calle Mayor llegué al Bulevar. Los primeros rayos de sol hacían brillar los bloques de piedra del Gran Casino, al otro lado de la calle. La esquina del Bulevar y de la calle Mayor, así como también la terraza del Café Parisien, se encontraban llenas de obreros de todas las edades. Me abrí paso entre ellos, buscando rostros familiares. Pasé la calle de San Jerónimo y me acerqué al Café Central. Bandas de jóvenes con rostros desvelados hablaban en voz alta y bromeaban alegremente con las pistolas automáticas al cinto. Entre los grupos, pude reconocer a un estudiante que pertenecía a la FUE (Federación Universitaria Española) de la que yo había sido miembro en 1935.

–Buenos días –me acerqué a la mesa de la terraza del café–. Parece que os habéis pasado la noche de juerga.

–¿De dónde sales tú, Mario? –me preguntó uno de ellos.

Fernando, que así se llamaba el que me había contestado, estudiaba en Barcelona, en la escuela de Arquitectura y, como muchos otros, había regresado para pasar las vacaciones junto a la familia. Era serio e idealista, como la mayor parte de la juventud obrera y estudiantil. Pertenecía a la Juventud del Partido Comunista de Euskadi, y procedía del campo nacionalista. Él también tenía sus conflictos con la cuestión nacional y la posición del Partido Comunista de Euskadi como sección española. Sin embargo, cuando yo me separé, a mi regreso de París a finales de verano de 1935, después de considerarlo, él optó por quedarse dentro de la disciplina del Partido Comunista de Euskadi.

Yo me había separado de las Juventudes Comunistas, completamente desilusionado en lo concerniente a la cuestión nacional. Y después de un riguroso estudio de la política comunista desde la Revolución de 1917 había observado en mis lecturas que, a partir de 1925, la plataforma de la Tercera Internacional de la Revolución Mundial iba en la dirección del basurero de la historia. Más trascendental aún, la Internacional Comunista se iba a convertir en un instrumento de la política exterior rusa. Mi breve conversación en París con Gustavo Regla, que había llegado de Moscú para tomar parte en la Conferencia de Escritores contra la Guerra y el Fascismo, fortaleció esta posición mía.

El corresponsal de P*ravda*, M. Koltsov, en una visita que realizó al frente vasco el 4 de mayo de 1937, afirma en su D*iario de la guerra de* E*spaña* que el líder comunista vasco, Juan Astigarrabia, ministro en el Gobierno de Euskadi, «se mantiene arrogante e inaccesible respecto al Comité Central del Partido Comunista de España en Valencia, ha salido con la teoría de que el Partido Comunista de Euskadi no es parte del Partido Comunista Español, sino que mantiene fraternales relaciones, es decir, posee frente a él derechos iguales e independientes».

De la misma forma que el Partido Comunista de Euskadi no podía ser independiente del Partido Comunista español, el Partido Comunista español no podía ser independiente del ruso. Entonces estaba claro que el Partido Comunista español durante la guerra civil iba a transmitir los intereses rusos por encima de la revolución y de la clase obrera española.

–No me dirás, Mario, que los nacionalistas os habéis pasado la noche rezando a Dios pidiéndole consejo –dijo Fernando riéndose–. No lo tomes a mal Mario, que es una broma –dijo luego, creyendo que me había ofendido.

–¿Hay alguna novedad? –pregunté.

–Ninguna por el momento, aunque la bomba que está encendida puede explotar de un momento a otro –respondió Fernando bostezando de sueño.

–¿Por qué no vas a dormir, Fernando?

–Por si las moscas, Mario, para que no nos cojan en brazos de Morfeo y vengan las Parcas a darnos el último paseo –interrumpió Antonio Azkarate.

–Ya sabemos que has estudiado griego –comentó Fernando con tono irritado.

Antonio era hijo de militares. Estudiaba literatura clásica. Desde que había ingresado en las Juventudes Comunistas se había convertido en un gran pedante. Con un marxismo rápidamente aprendido y mal digerido se hacía insoportable. Para todo buen comunista, y Antonio lo era, el partido era la única guía revolucionaria. Si el partido cometía un error, no era un error, era una nueva táctica de la gran lumbrera que se sentaba en el trono del Kremlin. Éstas eran las nuevas promociones del joven Partido Comunista vasco y español, promociones sin autocrítica, borreguiles.

–¿Has visto a García? –preguntó a Fernando.

–Anda con una sección de las Juventudes Socialistas. ¿Has oído la radio, Mario?

–Las mismas noticias de Madrid, la situación está dominada.

–Si vamos a creer lo que dice don Santiago Casares Quiroga, tuberculoso de cuerpo y de espíritu, igual que sus correligionarios liberales y socialdemócratas europeos, podemos ir adelantando los pagos para nuestro entierro –me respondió Fernando.

–¿Tienes alguna noticia de la posición que va a tomar el Partido Nacionalista, Mario?

–Por el momento ninguna –le respondí–. Además, el Mendigoizale Batza está desarmado.

–Sois capaces de iros con el general Mola –me dijo.

–No lo creo, Fernando, pero todo es posible en la situación en que nos encontramos hoy. No creo que vayamos con el general Mola, pero es posible que vayamos con el Papa...

–Quizá sería una manera de radicalizar a la juventud vasca –añadió Fernando.

–Y romper con las dos Españas: la liberal y la conservadora –le respondí–. No hay duda alguna de que aceleraría la radicalización de la juventud vasca, no obstante, el precio sería mortal para la República o la revolución, o para ambas, en el norte de la península.

–Tienes mucha razón, si los vascos nacionalistas os vais con los carlistas la situación se haría insostenible.

–Bueno, Fernando, agur y suerte.

–Agur, Mario.

Crucé la calle y me senté en un banco de la Alameda a observar a los numerosos grupos de obreros, compuestos de hombres de todas las edades que se iban concentrando en la capital. Venían de las diferentes barriadas de la ciudad y de los pueblos cercanos. Los tranvías y autobuses descargaban pescadores, bronceados por el sol y el aire, que con grandes pañuelos al cuello de color rojo y negro, divisa de la central obrera CNT, y gritando «¡A las barricadas!» se apresuraban hacia sus locales de la calle Larramendi, en el barrio de Amara. Los pescadores gallegos cenetistas de Trintxerpe se mezclaban con los obreros socialistas del sector industrial de Pasajes, Rentería, Irún, Hernani, Tolosa, Andoain, Beasain y de otros pueblos que, en un radio de 20 kilómetros de la ciudad, se iban volcando sobre ésta en busca de armas. La capital iba tomando un carácter más de festividad que de huelga general revolucionaria. Los obreros socialistas y comunistas se apeaban de los transportes públicos cantando *La Internacional* y, gritando, se metían por las angostas calles de la ciudad vieja en dirección a la UGT y a la Casa del Pueblo, y se paraban a tomar su vino en todas las tabernas que no habían cerrado. El trajín era continuo, grupos de jóvenes patrullaban las calles de la parte nueva de la ciudad. Me sorprendió la ausencia total de las Fuerzas de Orden Público. Pensé que el gobernador civil de la provincia las había acuartelado en sus aloja-

mientos para evitar así choques armados con las bandas de obreros y estudiantes que iban con sus pistolas.

Con la excitación de no perder un detalle del drama que se iba desenvolviendo ante mis ojos, me levanté del banco. Crucé la Alameda y me interné por la desierta calle de Garibay en dirección al barrio de Amara. El sol comenzaba a calentar con fuerza en esta mañana de verano. La parte nueva de la ciudad tenía un aspecto desolador con los comercios cerrados herméticamente con puertas metálicas. De cuando en cuando me tropezaba con algunos bañistas que, con su toalla bajo el brazo, se encaminaban a la playa. La pareja de guardias de seguridad que siempre custodiaba el edificio de teléfonos en la Avenida de la Libertad había desaparecido, y en su lugar varios grupos de jóvenes obreros, unos sentados en los bancos de la Avenida y otros en el interior, vigilaban estrechamente el edificio.

La barriada obrera de Amara, sede de la CNT, se hallaba igualmente llena de trabajadores de la construcción y pescadores. Hablaban a gritos, dando la impresión de que se concentraban en preparación de una gira campestre.

–Oye tú, coge esto –bromeaban unos con otros, haciendo volar por los aires barras de dinamita.

Me sorprendió verles manejar la dinamita con tanta soltura. Me dispuse a regresar en busca de los compañeros que iban a pasar por casa a recogerme. Caminaba despacio, tratando de reflexionar sobre los acontecimientos que se iban desplegando con gran rapidez. Todas las fuerzas políticas de la izquierda estaban alertas para entrar en la lucha que podía iniciarse de un momento a otro. Y el Partido Nacionalista Vasco, en esta situación crítica, se mantenía profundamente silencioso. Llegué al paseo de La Concha y me recosté sobre la barandilla de hierro. Con la mirada recorrí la calma del mar y del cielo. La mar parecía dormir en el siempre piélago de los cántabros. Me extrañó verla tan mansa cuando la mente del pueblo estaba tan agitada. A mí me gustaba verla enfu-

recida, azotada por los vientos del nordeste y echando espuma por sus crestas, rompiendo con furia sobre las rocas del litoral.

El sol quemaba y cegaba al mismo tiempo. La brisa que venía del lado de las montañas traía mil olores. Entre los que predominaban se mezclaba el del fresno y el de los cardos silvestres que iban embriagando mis sentidos. La playa en bajamar estaba desierta y tan tentadora que por un momento tuve la intención bajar, cambiarme de ropa y tirarme a las suaves olas que mansamente se dejaban arrastrar por la fina y dorada arena. Seguí por el parque Alderdi Eder y pasé por el Gran Casino y el Club Náutico. Crucé el Gobierno Militar y continué por la subida del Castillo hasta la calle Puyuelo. Cuando entré en casa, me acerqué a la recámara de la abuela. La amona se había quedado dormida en la mecedora con el ganchillo sobre el delantal negro. La besé en la cara y me metí en mi habitación.

Capítulo VII

No hacía un minuto que había regresado a casa cuando comenzó a sonar el timbre de la puerta. Me apresuré abrirla ya que temí que mis compañeros fueran a despertar a la amona que dormía apaciblemente. Abrí. Me quedé sorprendido al encontrar en el umbral la figura bronceada de Edu.

–¿A qué se debe tu visita? ¿Ocurre algo? –le pregunté–. ¿Tan temprano? –le hice pasar a la espaciosa cocina.

Edu había cambiado completamente desde que lo había visto el día anterior en el Café de la Marina.

–¿Quieres un coñac? –llené dos vasos y le di uno–. ¡Salud! ¡Por la independencia y unidad de Euskal Herria!

–¡Por la independencia de Euskal Herria!

–Según la radio francesa que acabo de oír, Casares Quiroga ha presentado su dimisión en la madrugada, y Azaña, presidente de la República, ha encargado a Martínez Barrios la formación de gobierno. He venido para decirte que trates de ponerte en contacto con todos tus

compañeros, y mañana paséis por mi oficina para estudiar el medio de planear la acción.

–Con la velocidad con que corren los acontecimientos puede que mañana, Edu.

–Como el partido se demora en dar unas directrices claras, es nuestra responsabilidad agrupar fuerzas y lanzarlas a la lucha por la independencia nacional.

Le miré sorprendido. La política para Edu siempre había estado relegada a segundo término. Si los republicanos y socialistas moderados estaban dispuestos a traicionar a sus electores con el falso pretexto de la democracia y el humanismo, frases predilectas del liberalismo internacional con la que encubrían su hipocresía, también entre los vascos el silencio de sus líderes en estos días era un mal presagio para el pueblo.

–¿Crees que podremos conseguir armas, Edu?

–No lo sé. Espero que el partido trate de obtenerlas. Además, sé que varios miembros del partido han salido para Francia en busca de armas.

–Lo que los líderes del partido van a hacer es sentarse a la diestra de nuestro Señor como buenos católicos y esperar el divino consejo.

–No soy escéptico.

–Es más bien náusea. La verdad, no tengo fe alguna en los líderes del partido.

–No te preocupes –me interrumpió–. Si los jefes del partido no actúan con decisión en las próximas horas, actuaremos nosotros. Al final, ya verán quién va a mandar en Euskadi.

–No sé, quizá los carlistas.

–En el instante que nos lleguen las armas, verás cómo liberamos Navarra, y no sólo Navarra, sino también los territorios que nos han robado, la Rioja, la Bureba. Los límites del histórico Reino de Navarra, serán las fronteras de la moderna Euskadi, ni un palmo más ni un palmo menos.

Edu hablaba con profunda convicción del vital problema que nos roía las entrañas. A pesar de que, de cuando en cuando, asomaban algunas dudas a nuestro pensamiento, pronto volvían a desaparecer ante la contagiosa euforia que prevalecía. Pero los objetivos que perseguían las fuerzas que se oponían al levantamiento eran completamente contradictorios entre sí.

En el País Vasco, en la primera etapa de alzamiento, la lucha se llevó a cabo entre los militares rebeldes y las clases obreras. De éstas, la facción más importante era el Partido Socialista y la UGT que, a su vez, estaba bajo la influencia *prietista*, o sea reformista, aunque existía en la base obrera socialista una gran corriente *caballerista*. Los líderes del socialismo reformista español eran más contrarrevolucionarios y anticomunistas que las fuerzas que se habían levantado contra la República al grito del anticomunismo.

La CNT y el Partido Comunista de Euskadi eran organizaciones sumamente débiles en el País Vasco y no podían influir sobre la situación. Estas tres fuerzas serían capaces de conseguir unas ventajas iniciales contra el alzamiento, sólo si actuaban con determinación y todos los indicios apuntaban a que los dos regimientos acantonados en los cuarteles de Loyola se mantenían vacilantes.

Pero una victoria inicial de las clases obreras sin el apoyo del Partido Nacionalista Vasco no podría sobrevivir por mucho tiempo. Toda la zona rural estaba bajo su influencia y la de Comunión Tradicionalista, carlista. Los miembros del Partido Nacionalista Vasco estaban espiritualmente más cerca del alzamiento que de la República y de las clases obreras. Las organizaciones juveniles vascas solamente tenían un objetivo, la independencia nacional. La única forma de que las fuerzas dentro del nacionalismo pudieran aglutinarse alrededor del Partido Nacionalista, era que el partido se lanzara a la lucha por la independencia nacional. Pero semejante postura los enfrentaría con la clase obrera sucursalista y centralista y con el alzamiento. Al no levantar la bandera de la independencia nacional, corría el peligro de que fuertes nú-

cleos dentro del nacionalismo se pasasen a las fuerzas de la contrarrevolución.

Para la base de la clase obrera encuadrada en el Partido Socialista y en la UGT, el problema se planteaba entre la revolución y contrarrevolución, aunque los líderes socialistas bajo la influencia de Prieto pensaban de distinta manera que la base. Otro tanto ocurría entre los líderes del Partido Nacionalista y de sus juventudes.

–Nunca te he visto tan optimista, Edu, ni tan combativo.

–En la vida, siempre hay un momento en que uno tiene que plantarse, erguirse y enfrentarse con la situación por difícil y adversa que se presente. Luchar por nuestra independencia es justo y todo buen patriota tiene la responsabilidad de usar todas las armas necesarias para logra esos objetivos.

–Si nos encontramos desarmados –prosiguió Edu– es porque los vascos nos hemos olvidado de que nuestra libertad solamente se conseguirá con las armas en la mano. Y todos los vascos, incluyéndome a mí mismo, nos hemos preocupado de vivir bien y tener una cuenta corriente en el banco para nuestros caprichos. Las consecuencias de este estúpido egoísmo las tendremos que pagar muy caras.

–Por lo menos tú eres sincero, Edu. Entre los vascos hay mucho patriota de boquilla, pero cuando tienen que aflojar la bolsa, comienzan a decirnos que los jóvenes somos muy impetuosos, que estamos fuera de la realidad política... y un sin fin de estupideces por el estilo.

Edu me miró y se sonrió.

La terrible impotencia que sentíamos en estos días aciagos, días de intensa frustración, lo llevaban a uno a decir y cometer las mayores barbaridades. Me callé por un momento, mientras golpeaba instintivamente el vaso vacío que estaba sobre la mesa. Edu, sentado, se encontraba absorto en sus pensamientos. Le miré a hurtadillas. Con su rostro bronceado parecía un dios vasco.

Se levantó.

–No te olvides, Mario, díselo a tus compañeros.

–Si tienes unos minutos más, tú mismo tendrás la oportunidad de decírselo a Eguía, Etxabe, y Basterretxea. Los estoy esperando.

–Esperaré un poco –dijo mirando al reloj y volviendo a sentarse.

–¡Cuantas veces hemos dicho y escrito a nuestros jefazos que se fuesen militarizando los grupos de mendigoizales! –volví a interrumpir el silencio que había en la cocina–. ¿Te das cuenta, Edu, si hubieran tenido un poco de visión ahora, en estos instantes, nos pondríamos a luchar ofensivamente contra la izquierda, el centro y la derecha españolista?

Pero ¡ay! nuestros líderes son infalibles, les repugna que la sangre de la juventud vasca se derrame por su liberación nacional. Está muy bien dar nuestra sangre por la tradición y la Iglesia pero por nuestra independencia, ¡qué va! es un crimen.

–Lo que me sorprende es que siendo tan buenos chicos, Dios no les haya tenido al corriente de la situación angustiosa en que nos encontramos –desahogué con Edu todas mis frustraciones. Ésta no era la primera ni sería la última vez. Edu salió de su ensimismamiento y se me quedó mirando, con compasión.

–Te comprendo, Mario. Tu angustia es la de todos los que queremos a nuestra patria, y vemos que se encuentra en vías de extinción. El partido ha cometido grandes errores, pero éste no es el momento propicio para atacarlo. Debemos cerrar filas y darle nuestro apoyo.

El timbre le interrumpió.

–Aquí están –le dije. Me levanté y abrí la puerta.

–Arratsalde on, Mario. ¿Estás listo para salir? –preguntó Etxabe.

–Pasad un momento –les invité. Les hice avanzar hasta donde esperaba Edu.

–¿Qué hay, Edu? –saludaron sorprendidos al verlo.

–Os estaba esperando.

–¿Alguna noticia importante? –preguntó Basterretxea.

–Solamente quería deciros que mientras el partido vacila en dar órdenes definitivas sobre nuestra manera de actuar en la situación, hemos pensado convocar una reunión en mi oficina y estudiar la forma de preparar un plan de acción.

–Iremos –dijo Etxabe–. Si de hoy a mañana no nos convierten en fiambre –concluyó en tono macabro.

–Entonces hasta mañana, y tratad de agenciaros todas las armas que podáis –añadió Edu, levantándose.

–Agur, Edu. Hasta mañana –se despidieron mis compañeros.

–Cuídate, Mario. Saluda de mi parte a la amona.

–De tu parte –cerré la puerta y regresé al interior.

–¿Queréis un vino antes de marcharnos? Voy a ver si la amona está despierta –les dije y fui a la habitación a despedirme.

–¿Quiénes han venido? –me preguntó la anciana, que se había despertado.

–Edu, que me ha dado recuerdos para ti.

–¿Cómo está su amona?

–Bien –la anciana siempre se acordaba de sus contemporáneos.

–¿Qué te parece si nos vamos al caserío mientras dure este barullo?

–El caserío, amona, va a caer en manos de los requetés.

–¡Qué importa! Te escondes en el monte. Cuando los requetés se marchen, regresas. Así hicieron muchos jóvenes en la última guerra carlista.

–Amona, si es verdad que las tropas del cuartel de Loyola se han sublevado y se lanzan a la calle, se acaba

todo en tres días. Los vascos seguiremos rezando, pidiendo a Dios nuestra independencia y haciendo negocios con los militares. A los jóvenes nos darán una boina roja y un escapulario del Sagrado Corazón de Jesús y ¡a los tercios de requetés! Ahora voy a salir, no te preocupes –le dije besándole en la frente.

–Ten mucho cuidado, Mario –se despidió la anciana.